NUESTROS MUERTOS



DOLORES DE ELIZALDE

Planeta

DOLORES

DE ELIZALDE

NUESTROS MUERTOS

Planeta

1

Los árboles rodean la laguna como un anillo que aprieta hasta ahogar. Sus copas se reflejan en el círculo inmóvil, negrísimo, pulido, y se mueven lentamente hacia adentro y hacia arriba en una danza macabra. Sobre la superficie del agua el cielo plomizo aparece apenas diferenciado de las ramas que acechan, a la espera de su presa. En la orilla la niña mece su cuerpo pequeño y frágil al ritmo del viento suave que sopla por encima del bosque. Está de pie, sostenida apenas sobre la arena oscura. Su espalda evanescente se inclina sobre el agua y el vestido blanco vuela con ligereza a su alrededor con un aura de santidad o de muerte. El silencio envuelve la escena, es profundo y total. Todo se ha detenido en ese instante de duda en el que la niña se inclina como si fuera un ciervito a punto de calmar su sed. Acerca el rostro al agua, se observa en el espejo perfecto y, de pronto, comienza a hundir la cabeza, sin detenerse, los hombros sutiles, el torso, los brazos estirados. Ella, desde lejos, la observa petrificada. Quiere gritar pero las palabras se le atraviesan en la garganta cerrada. Aunque intente correr hacia la niña y detenerla, del suelo arenoso surgen raíces ladinas que se le enredan en los tobillos y la atan al limo húmedo. Estira sus brazos impotentes y cierra los ojos para no ver el vestido blanco que flota cerca de la orilla un instante antes de hundirse también.

Laura se sienta sobresaltada y exhausta. Hace mucho tiempo que perdió el miedo a su pesadilla recurrente. Sin embargo, el paso de los años no evita que cada vez se despierte embargada por una sensación ligera pero persistente de angustia. Es como si la vida no le diera tregua

y le impidiera olvidar jugándole estos trucos traidores. No hay escape posible: la noche siempre llega a cobrarse sus deudas.

Cierra los ojos y respira profundo en un intento, tantas veces ensayado, de borrar la imagen. Se desabrocha el cinturón de seguridad y se pone de pie en el pasillo estrecho del ómnibus para estirar las piernas. Los otros pasajeros duermen en sus asientos hechos cama. Las ventanas están cubiertas por cortinas corredizas que impiden mirar hacia afuera. Tiene la sensación de que pasó poco tiempo desde que salieron de Neuquén, después de la medianoche. Mira su reloj y, en efecto, han transcurrido solo dos horas. Vuelve a su asiento y dormita inquieta hasta que el micro se detiene. Ahora es demasiado pronto, o eso le parece.

Estira el brazo para correr la cortinilla y ve que todavía no es de día. Se han detenido en la banquina de la ruta. A ambos lados se extiende la estepa patagónica y la luz débil de la madrugada apenas da color al paisaje. Los pasajeros se levantan, acomodan los asientos. Alguno pregunta en voz alta si ya llegaron a Bariloche. Otro contesta que no, que se han detenido en la ruta. La azafata está apoyada sobre la ventana delantera, mirando hacia afuera. El chofer se baja un rato, vuelve a subir y anuncia que hay un pequeño problema mecánico y que van a tener que parar en Piedra del Águila para resolverlo. Ya se verá si el pasaje sube a otro micro, si esperan todos el rato que lleve repararlo o si vuelven a Neuquén. No es grave.

Laura se dice que sí es grave. Supuestamente alguien la va a estar esperando en Bariloche. ¿Habrá modo de avisar de la demora? Sí, por supuesto, dice el chofer. Apenas lleguemos a Piedra aviso por radio a la central y ellos informan a la terminal de Bariloche.

Una angustia casi imperceptible pero persistente le toma el pecho. Las palabras sabias de algún doctor en un pasado que parece lejanísimo le resuenan con un zumbido. "Alianza con la realidad, Laurita", y ella intenta que, como un bálsamo sobre la herida que no termina de sanar, le traigan algo de alivio, levanten la opresión que siente sobre el esternón. Mira con fastidio la monotonía rocosa y gris. No quedará más remedio que adaptarme, piensa, y baja su bolso de mano desde

el compartimiento superior. Se sienta, abre el cierre y saca una libreta azul, como tantas otras libretas azules que ha llenado a lo largo de los años. En el lomo lleva enganchada una birome. Enciende la luz de lectura del techo y empieza a repasar las pocas notas que tiene. El micro arranca, pero se mueve mucho más despacio que antes. El pasaje vuelve pronto al sopor anterior, pero Laura ya no puede dormir.

Un poco antes de las seis de la mañana llegan a Piedra del Águila. Es una pequeña población en medio de la nada. A unos pocos kilómetros está el valle del río Limay, pero por algún motivo incomprensible el pueblo ha sido construido lejos del agua. Hay apenas una o dos estaciones de servicio, algunas casas y comercios desperdigados, cortinas de álamos a lo lejos y la ruta que parte esta soledad al medio. El ómnibus se detiene en la YPF y el chofer ordena a todos bajar, que lleven sus efectos personales y esperen en la cafetería anexa a la gasolinera.

El aire de fines de abril está frío. El verano ha quedado atrás. Un viento seco y persistente le pega a Laura en la cara. Cierra los ojos con resignación. Camina con su bolso hacia la cafetería. Quisiera poder asegurarse una mesa para ella sola y utilizar el tiempo que será corto o largo, quién sabe, para leer más sobre el caso. Al entrar la sacude el olor a encierro. Parecería que recién están prendiendo las luces, acomodando el mostrador y preparándose para recibir clientes. Se sienta en una mesa en la esquina, desde donde puede ver que el ómnibus, ya vacío, sale de nuevo a la ruta, la cruza y se dirige pueblo adentro, seguramente hacia algún taller mecánico. Observa a sus compañeros de viaje, somnolientos y malhumorados. Rehúye la tentación de imaginar sus historias. Las caras grises e inexpresivas no le generan la menor curiosidad. Todos están cansados e irritados como ella, probablemente.

Pide un café negro y una medialuna y se pone a leer la libreta azul, que tiene dos o tres páginas escritas con datos sueltos. Ha tomado nota con desgano, en la reunión de la Procuración. Al igual que los otros, al principio esperaba no ser ella la que tuviera que asumir este asunto que ya desde el primer momento parecía complicado. Álvarez estaba de turno y, apenas terminó el jefe Romano terminó de explicar los pocos detalles, se puso a tirar hipótesis con entusiasmo literario.

Todos lo miraron como siempre, impacientes. Es el tipo de fiscal que cree ser protagonista de una novela policial.

A las dos semanas estaba de vuelta con un cuadro de agotamiento y pidió licencia.

Le cuesta entender por qué aceptó reemplazarlo. Mira por la ventana la luz opaca y recuerda la sensación de no poder decir que no, como si Villa Andina ejerciera una poderosa fuerza de atracción que la arrastra hacia su centro. Sus compañeros y su jefe, sentados alrededor de la mesa de trabajo, llena de ceniceros usados y tazas de café vacías, la miraban con rostros planos que intentaban ocultar la expectativa. Parecían sostener la respiración esperando la respuesta afirmativa que los liberara de una responsabilidad que ninguno quería asumir. La papa caliente estaba en manos de Laura y en el preciso momento en que dijo que sí sintió en el cuerpo la tensión de un cable que se anudaba hasta estrangularle la boca del estómago. Esto es algo, se dijo. Hacía mucho que no sentía absolutamente nada. Los dos últimos dos años habían sido tiempo de vivir desconectada del espacio, del aire y del cuerpo. Después del final del caso de trata de niñas y de su divorcio, inconvenientemente simultáneos, no había podido recuperar el contacto con la realidad. Los meses pasaban sin dejar huella ni registro. De pronto ahora experimentaba en el cuerpo un movimiento angustiante, que al menos la reconectaba con un impulso de vitalidad que creía perdido para siempre. ¿Es volver a vivir, esto?, piensa mientras la ventana le devuelve el reflejo de sus ojos grandes y melancólicos.

Decidió viajar a Bariloche vía Neuquén, en lugar de tomar el directo desde Junín de los Andes. Quería ver a sus padres y contarles que iba a pasar un tiempo indefinido en aquel lugar. La conversación no fue fácil. Nunca lo es. Después de tantos años tratando de olvidar que Villa Andina existe todavía, los ancianos la miraron como si ella les hubiera llevado la mala noticia por primera vez. Laura no ha podido con ellos, como cada vez que los visita. Sus miradas opacas y desapegadas son lo que queda de otra vida que se perdió para siempre y ya no pueden reconocer las lágrimas que surgen cuando se nombra lo innombrable. La hija no sabe cómo consolarlos. La grieta entre ella

y sus padres es ancha e insalvable. Hace mucho que ha dejado de hacer el intento de tirar puentes entre las dos orillas; no tiene nada más que decir. La despedida ha sido austera en palabras y gestos. Laura los vio parados, a los dos, en el andén de la terminal, con los brazos caídos a los costados y los ojos vidriosos. Hizo un gesto de adiós con la mano, desde la ventana, que ellos no pudieron ver, o tal vez eligieron no responder.

Tiene pocos datos: un muerto, un fallecimiento extraño y muy violento, ningún sospechoso, la policía a ciegas. Un pueblo de montaña y lago, aislado, solitario, que recién empieza a recuperarse de una erupción que lo dejó sepultado seis años atrás. Un paraíso en pleno proceso de transformación, conmocionado por un asesinato incomprensible. Desde el primer momento, por lo que pudo entender, el caso se mostró oscuro y difícil de dilucidar. ¿Es la policía tan inoperante? ¿Qué pasó con Álvarez? Antes de salir de la oficina de Junín el fiscal general Romano ha intentado transmitirle confianza. Considera que todavía hay tiempo para lograr avances, en tanto el tema no salte a la prensa.

Lo que todos esperaban no ocurre. Recién después del almuerzo, pasadas las dos de la tarde, se resuelve el problema mecánico del ómnibus. Los pasajeros vuelven a instalarse en sus lugares, el micro retoma el viaje hacia Bariloche. La luz seca de la tarde entra por las ventanas opacas, pero Laura se vuelve a dormir, agotada por la mala noche y la espera interminable. Entra en un trance del que se despierta confusa y desorientada. Ahora llueve torrencialmente. No han transcurrido más de tres horas, y ve que a la izquierda de la ruta se abre un valle lleno de formaciones rocosas que se le resultan fantasmagóricas. Por el fondo corre un río manso en el atardecer de tormenta. El camino es muy sinuoso y Laura empieza a sentirse mareada. Se pone de pie y camina un rato por entre las dos filas de asientos para tratar de ganarles a las náuseas. La azafata se le acerca, charlan de cualquier cosa. La chica también quiere llegar de una vez por todas.

—¡Ahí está el lago finalmente! —exclama con entusiasmo.

Es cierto: adelante, no demasiado lejos, se abre un paisaje imponente detrás de las laderas que rodean el valle por el que están circulando. En el paisaje gris persiste la lluvia, pero la presencia del lago enorme, de pronto, tranquiliza el ánimo de Laura. Vuelve a su asiento y observa la costa uniforme en uno de los márgenes y rodeada de montañas en el otro, enfrente. A los pies de la cordillera, las primeras luces de Bariloche iluminan el aire tan gris y desasosegado. La embarga una extraña tranquilidad. Apoya la cabeza contra la ventana y cierra los ojos. Hay algo extemporáneo en el crimen, piensa, como si la violencia extrema no tuviera lugar en este paisaje tranquilo. Siente por primera vez una ligera excitación, una ansiedad por resolverlo, la necesidad de probarles a los demás y a sí misma que sirve para algo, que haberle dejado media vida a esta profesión tiene algún sentido.

El micro llega al puente sobre el río Limay y se detiene mientras la policía caminera constata que los papeles están en orden. Continúa por la ruta que atraviesa un caserío diseminado y se va acercando a las afueras desprolijas y deshilachadas de Bariloche. La oscuridad cae gradualmente sobre el paisaje. A la derecha aparece, detrás de una curva, la terminal de ómnibus de la ciudad. Laura se siente ahora un poco inquieta, se pregunta si estarán esperándola como le prometieron. Habrá que ver qué hace si no es así, si convendrá quedarse a dormir en Bariloche o tomar un taxi hacia Villa Andina. Su fastidio va en aumento, pero se disipa cuando, al bajar torpemente, ve, parado en el andén, a un hombre muy abrigado que tiene un cartel con su nombre, Fiscal Laura Lanari.

Laura sonríe tímidamente, se acerca al hombre y le tiende la mano. Este le contesta con un apretón rápido y seco.

—¿Doctora Lanari? Mucho gusto, soy Carlos Puente, para lo que mande. La vine a buscar para llevarla a Villa Andina.

—Gracias, lamento mucho la espera.

—¡Lo lamento por usted! Yo estuve toda la tarde tomando mate y charlando con un compadre mío que vive acá, nos pusimos al día. Así que me hizo un favor. Nunca tengo tiempo para visitarlo. ¿Necesita ayuda con su equipaje?

—No, gracias, es un bolso no muy grande y bastante liviano. Lo voy a buscar y vengo.

Laura se aparta y se dirige hacia el otro lado del ómnibus, donde los pasajeros están descargando sus cosas. Ve su bolso apoyado sobre el pavimento, lo recoge y vuelve hacia donde la espera el chofer, que se lo saca de las manos y le hace señas de seguirlo.

—No se imagine un auto lujoso como los de la capital, este es chiquito pero muy gaucho.

Caminan por el estacionamiento semivacío y lluvioso hacia un Renault 12 celeste medio maltrecho. El hombre le abre la puerta del acompañante y le pide que se siente ahí, adelante.

—Si no le importa, a veces en la caminera se ponen pesados, piden papeles. No tengo cómo justificar que soy taxista. Cuando entremos a la otra ruta, si desea, se pasa para atrás.

—No tengo ningún problema en sentarme adelante. De hecho prefiero, vengo medio mareada de tanta vuelta con el micro.

Laura se acomoda en el asiento delantero. Nota que en el asiento de atrás hay ropa y dos cajas. Carlos se sube y descubre su mirada.

—Mi amigo de acá me dio ropa y algunas cosas para llevar a la Villa, todavía hay mucha gente necesitada, allá. Disculpe el desorden, acomodé todo así nomás.

—No se preocupe, estoy bien.

El auto tarda unos instantes en arrancar, pero finalmente lo hace y empieza a maniobrar para salir de la terminal.

—Parece medio cascacho, pero le aseguro que los que tienen camionetas me lo envidian. Una renoleta nunca te deja a gamba.

Laura ve que tiene dos medallas de la Virgen en la consola y sonríe con cinismo para sus adentros. El hombre parece haberse dado cuenta.

—No se ría, la dueña anterior era muy devota de María, y me pidió que no las saque, cuando me lo vendió, casi fue una condición.

La mira con intención.

—Además, le confieso que me siento protegido. En una noche como esta, por ejemplo, siempre le rezo a la Virgen por protección. La lluvia es más traicionera que la nieve, le digo.

A Laura la inquieta que cuando le habla saque la vista de la ruta. El hombre tiene una voz potente y nasal, un poco irritante, piensa. Tal vez el cansancio sea lo que la vuelve más intolerante. Se pregunta si aguantará esta conversación todo el camino. No se acuerda de a cuántos kilómetros se encuentra Villa Andina de Bariloche.

—A ochenta, más o menos —le contesta Carlos—. Si quiere, póngase cómoda y duerma un rato, yo le aviso cuando estemos llegando. Por más que sea de noche, es el lugar más lindo de la tierra, vale la pena llegar despierto.

Laura le dice que prefiere no dormir, porque si no más tarde no va a pegar un ojo.

El auto circula despacio por la ruta en este atardecer opaco. Desandan los kilómetros que hicieron con el micro hasta pasado el Limay, y allí cambian de dirección hacia el oeste, dejando la ruta atrás. El camino está pavimentado, sin marcar, así que Carlos baja todavía más la velocidad. Enciende las luces, pero no parecen iluminar demasiado.

—Tiene suerte, hace poco se terminó de construir esta ruta. Cuando yo llegué, hace unos años, todavía estaba el ripio. Cada viaje era una tortura. Quedaban los autos en el camino. Había que cambiar las cubiertas dos veces por año.

—¿Cuándo vino usted a la zona? —pregunta Laura sin saber por qué, tal vez para salvar un silencio incómodo y desinteresado. El taxista contesta con bríos renovados.

—Hace cinco años, después de las cenizas, en el 92.

Hace un breve silencio y empieza un relato que se extiende varios kilómetros.

—Me enteré por los diarios que hubo una estampida de gente, que el pueblo quedó desierto. Muchos de los que habían llegado anteriormente se volvieron a sus lugares o se fueron a otra parte. Yo me dije, Carlos, a río revuelto ganancia de pescadores, y vendí todo lo que tenía y me vine para acá. Y tal cual, no había quedado ni un taxi en toda la Villa. Llegué con mi pequeño capital, convencí a la señora Rosi que me vendiera la renoleta y me puse a trabajar. En estos cinco años recuperé mi inversión y tengo una casita. La gente me quiere,

conozco a todos, se puede decir que tengo el monopolio. Es una vida tranquila, en apariencia.

Laura escucha y de vez en cuando lo mira. Carlos le sigue contando de un modo disperso cómo funciona el negocio del taxi en el pueblo, cuántos viajes hace por día, cómo se organiza para trabajar tanto y cuidar a sus dos perros. Es un hombre de edad indefinida, entre cuarenta y cincuenta, mueve la cabeza de lado a lado cuando habla, y tiene una forma extraña de estar sentado, muy inclinado sobre el volante. A Laura la tranquiliza que ahora no saque la mirada de la ruta al conversar, porque el clima está cada vez más hostil. La lluvia arrecia y las escobillas apenas pueden barrer la superficie del parabrisas antes de que esté de nuevo empapada. Carlos parece percatarse de los reparos de Laura, pero sigue hablando sin interrumpirse.

No cruzan a nadie. La soledad es total y el auto avanza en la tarde cada vez más oscura con sus luces recortando la lluvia en dos rayos perfectos. A los lados se adivinan unos barrancos con vegetación baja y seca. A medida que corren los kilómetros empieza el bosque de coihues. La ruta se encajona entre los árboles y el lago, y la negrura se hace mayor. El autito avanza insolente. Laura tiene la sensación de que en cualquier momento va a hacer puf y se va a detener. Carlos ha dejado de hablar, pero Laura tarda en darse cuenta. De pronto la pregunta perfora el aire:

—Usted viene por lo del asesinato, ¿no?

Laura se maldice por haber caído en la trampa. Debió haber hecho más preguntas, para impedir el vacío que irremediablemente llevaría a ese tema.

—Sí, me manda la Procuración de Junín para colaborar en la investigación.

Carlos hace un momento de silencio.

—Es muy necesaria su presencia. Esta tragedia ocurrió ya hace casi un mes, nadie duerme tranquilo en la Villa. Ojalá que con su presencia se resuelva el asunto.

A Laura le hace gracia el modo parsimonioso que ha tomado de pronto Carlos. Sonríe. —¿Usted es de leer novelas policiales?

—No, para nada. Pero realmente le digo, yo palpito el sentir del pueblo, porque llevo y traigo gente todo el día, y hay mucho miedo. Ojalá pudiéramos volver a lo de antes.

—¿A qué se refiere?

—Y, cómo explicarle. Estábamos justo en un momento de remontada, después de tiempos difíciles, por lo del volcán y eso. Es un pueblo complicado, en algunos aspectos, pero había más solidaridad y tranquilidad. En cambio ahora como que se arruinó eso, se pudrió todo, así dicen los pibes, así, ¿no?

El taxista hace un silencio teatral.

—Y, encima, mucho no sabemos, la policía mantiene todo medio callado. Ni la periodista del pueblo logró sonsacarles demasiado. Pero sabemos que no fue un crimen común. Acá hay algo fulero. ¿Qué se sabe, si no es indiscreción?

Laura sacude la cabeza y trata de que sus palabras suenen amables:

—Carlos, si supiera algo, no lo podría compartir con usted. Está todo bajo secreto de sumario. ¿Usted sabe lo que significa eso?

—Sí, claro, tan ignorante no soy. Pero acá, entre amigos.

Laura no puede evitar una risa corta. Carlos se disculpa.

—No me malentienda, Laura, ya sé que no somos amigos. —Mueve la mano con un gesto torcido—. Lo que quise decir es que ahora tal vez lleguemos a tener una familiaridad, porque el comisario Camacho me pidió que sea su chofer, que me ponga a disposición. Entonces, vamos a pasar bastante tiempo juntos, digo, usted quizás sienta algún día que puede confiar en mí. Yo soy una tumba, es la base del respeto que me tienen todos. Es un tema de secreto profesional.

Laura sigue intrigada el razonamiento.

—¿La gente le cuenta muchos secretos?

Carlos le contesta con orgullo que sí, que en un taxi pasan muchas cosas. Pero él, dice, nunca ha traicionado, en estos cinco años, la vida privada de nadie. Le gusta que confíen en él.

—Igual, Carlos, yo no puedo compartir ni con usted ni con nadie las cosas de mi trabajo.

—¿Con nadie? Yo vivo solo, así que no tengo a quién compartirle

nada. Pero me imagino que usted tiene pareja o algo así. Debe ser difícil no contar nada en confianza.

Laura se sobresalta con el comentario fuera de lugar. Se siente compelida a explicarse.

—Yo también estoy sola, Carlos.

—Pero usted es una mujer joven. Si no es desubicado, ¿cuántos años tiene?

Se hace un silencio extraño.

—Cuarenta y tres.

—Ah, no lo puedo creer. No lo parece para nada.

A Laura esta conversación ya la está irritando. Sabe que no aparenta su edad: su aspecto es el de una eterna adolescente. Usa el pelo claro cortado recto sobre los hombros, lacio, y sus ojos son expresivos y húmedos. La mirada fresca le da un aspecto aniñado que nunca ha podido domesticar. Muchas veces le ha costado que la tomen en serio, algunos en el trabajo le siguen diciendo "chiquita", como le decía su primer jefe, y no puede hacer nada para evitarlo. Tal vez hasta se casó con José para poder demostrarles a los demás que era una adulta. Pero desde que se divorció volvió a sentir que tiene que probarle al mundo que es una persona madura.

—¿Es la primera vez que viene a Villa Andina?

La pregunta resuena en el auto frío y húmedo. Laura intenta que no se note su sobresalto. Se siente rehén de esta conversación. ¿Cuánto tiempo más iba a pasar hasta que el hombre le hiciera esa otra pregunta?

—No, vine dos veces cuando era niña. A los siete y a los ocho años.

—¿Y por qué no volvió más?

Le cuesta encontrar una respuesta que corte el tema.

—Fue una decisión de la familia, rumbeamos para el mar, a Las Grutas, el resto de mi infancia. Y después con el estudio y la carrera judicial ya no tuve demasiado tiempo para pensar en volver. Alguna que otra vez pasé por Bariloche, pero a Villa Andina no llegué más.

Laura piensa: era lejísimos. Entre ella y estos bosques había un muro infranqueable. Intenta que las imágenes del recuerdo, que ya

están hace mucho confundidas con las de su pesadilla recurrente, no la tomen por asalto. No ahora.

La conversación se dispersa. Carlos es elocuente y hasta tiene cierta gracia, pero también parece medio bocón. Laura se propone cuidarse cuando esté con él para que no se le escapen comentarios imprudentes.

El taxista intenta recuperar el hilo de la conversación.

—Le contaba que, como justo aflojó la temporada alta, voy a tener más disposición de tiempo y, como le dije, me pidieron que sea su chofer. A mucha honra.

Laura asiente en la penumbra y deja morir la charla. Apoya la cabeza contra el borde del asiento y cierra los ojos para que Carlos crea que está dormida.

El hombre tararea una canción en voz baja mientras maneja por la tarde cada vez más gris.

Ya está oscuro cuando Carlos la saca de su refugio de silencio.

—Mire, Laura, las primeras luces del pueblo. Estamos llegando.

Desde la ruta, que corre por la altura de un barranco, rodeando el lago, Laura ve sobre la costa algunas luces dispersas.

—Eso que ve allá abajo es Puerto Verde, muchos dicen que es la bahía más linda del lago.

La lluvia pega fuerte sobre el parabrisas y el silencio se ve interrumpido por el golpeteo rítmico de las escobillas. Al costado de la ruta comienzan a aparecer algunas construcciones de madera, una farmacia, una parrilla. Carlos baja la velocidad porque de pronto se cruzan con más autos. Ya están en las afueras del pueblo.

—Según tengo entendido, usted se aloja en el Hotel Andino, en la parte vieja del pueblo, ¿no?

Laura asiente. En la Procuración se ocuparon de los aspectos prácticos, y ella de todas maneras no recuerda demasiado, así que le da lo mismo.

El pueblo está atravesado por un bulevar. A mitad de la segunda cuadra Carlos le señala la comisaría. Se ríe, es el edificio más grande del pueblo, le dice. Siguen un poco más y el bulevar se choca contra una

ruta con forma de T. Carlos pareciera sentirse obligado a explicarle todo: "esta parte de Villa Andina se llama El Cruce, porque empalma con la ruta que lleva hacia el norte y hacia el límite con Chile". Giran a la izquierda, y Carlos le dice que van a recorrer unos tres kilómetros hasta la zona antigua, donde nació Villa Andina. Lo llaman el pueblo viejo.

A través de la cortina de lluvia Laura intenta recordar algo. Todo está tan cambiado, el pavimento, más construcciones, más poblado. En su recuerdo solo hay árboles enormes, de copas oscuras e inalcanzables que forman una guarida verde. Con sus padres y Araceli hacían largas caminatas en las que no se cruzaban con nadie. No le quedan imágenes concretas de casas ni de calles ni de personas. Solo bosque y agua. Algún camino, juncos, troncos caídos. Y esa mañana lluviosa que no puede olvidar, pero recortada del entorno. Eso y nada más que eso.

Carlos baja la velocidad y gira a la izquierda, hacia el lago, por un camino angosto entre pinos enormes. Al fondo, una gran casa estilo alpino que es el viejo Hotel Andino.

—Bájese y corra para adentro, para no mojarse. Yo le llevo el equipaje.

Laura se sacude el agua en el *hall* de entrada y se acerca al mostrador vacío. La madera de las paredes, del techo y del piso se le viene encima. Siente un ligero olor a tierra húmeda o a humo, no podría decirlo con certeza. Hay un timbre, como en los hoteles de las películas. Lo toca y aparece una mujer secándose las manos.

—¿Usted es la fiscal? Ya pensé que no llegaba. Esperamos desde el mediodía.

Laura le explica la situación y la mujer, que se presenta como doña Juana, encargada del hotel, le dice que no se preocupe.

—Cuando empieza la lluvia se trastoca todo por acá. Esto ya no para hasta julio. Son dos meses infernales.

Doña Juana no termina de ser amable, aunque parece intentarlo. Le dice que la muchacha que trabaja en la cocina ya se fue y que no tiene nada para darle. Espera que no tenga hambre. Justo en ese momento entra Carlos con el bolso, empapado, y se ofrece a esperarla

mientras se acomoda y llevarla a comer a un restorán que hay muy cerca. Laura acepta porque a pesar de su cansancio está muerta de hambre.

Doña Juana le da las llaves de su habitación y algunas indicaciones.

—Si no me necesita para nada más, me voy a retirar. Usted es la única huésped, por ahora. Desde que terminó la temporada de verano esto está pelado.

Le explica que el hotel queda abierto por la noche y que si sale a cenar va a poder entrar sin problemas.

—Lo único, enciérrese bien en su cuarto. Desde que pasó lo que pasó estamos todos aterrados. No es cuestión de que justo a usted le pase algo. Es nuestra única esperanza.

Esto último lo dice con tanta solemnidad que Laura sonríe. Ojalá fuera tan fácil resolver crímenes. La gente piensa que es como en las películas o los libros, todo lineal y paso a paso. Siente una puntada en el estómago, pero intenta descartar este sentimiento de tensión emocional que la está tomando.

Le pide a Carlos que la lleve a ese restorán. Salen juntos a la noche lluviosa y vuelven a subirse al autito. Carlos le explica:

—No es un restorán como en la ciudad, es un bodegón, pero algo debe tener porque viene todo el pueblo a comer. Y también, en el verano, la gente más ricachona de Las Bahías, el club de los porteños. Parece que en Buenos Aires no hay milanesas a la napolitana como las de acá.

Hacen apenas cien metros hacia el lago y después giran otros cien metros, por una calle de tierra con varios autos estacionados a ambos lados. En la esquina, un cartel iluminado tenuemente dice Las Lanzas y, a través de las puertas de madera y vidrio, se ve el salón casi lleno. Es sábado, le dice Carlos. Hay mucha gente hoy.

Laura mira a Carlos sin saber bien cómo hacer para que la deje ahí sola. No tiene más ganas de hablar con nadie. Carlos parece entender, se despide y le dice que va a venir el lunes a buscarla a la mañana, para ir a la comisaría a encontrarse con Camacho. Laura le agradece y él le sonríe con complicidad.

—Es un placer para mí, doctora, estar a su disposición.

Laura le sonríe con desgano.

—¿Va a saber cómo volver al hotel?

—Por supuesto, Carlos, es acá a dos cuadras. Me va a venir bien caminar un poco.

—Bueno, cualquier cosa si me necesita mañana me llama, doña Juana tiene mi número y en el hotel hay teléfono.

—No se preocupe, Carlos. Mañana espero dormir todo el día.

Cuando entra, algunos clientes se dan vuelta a mirarla con curiosidad. No sabe si sentirse reconocida, pero es innegable que la observan sin disimulo. Permanece allí de pie junto a la puerta hasta que se le acerca una mujer baja, de pelo oscuro y muy corto, que se presenta como doña Tina. Es chilena, se le nota en el acento, y enseguida se muestra muy simpática. Le encuentra una mesa en la esquina del salón. Laura se da cuenta de que sentada ahí puede observar a todo el mundo desde una perspectiva privilegiada.

Mira las caras y los gestos, y se pregunta si alguno de ellos podría ser el asesino. Suspira para sus adentros. Se concentra en el menú que le acerca doña Tina. Milanesa a la napolitana con fritas. A su alrededor, el sonido de tantas palabras se le entremezcla en un solo ruido monótono y sordo. ¿Sabrá alguno que llegó al pueblo una fiscal? Doña Tina parece que sí, porque la trata con extrema diligencia y encuentra cualquier excusa para acercarse a su mesa. Parece estar haciendo un gran esfuerzo para no preguntar, pero no puede evitar mirar a Laura con ojos curiosos. A diferencia de la recepcionista del hotel, doña Tina parece muy cálida y atenta. Laura piensa que Las Lanzas va a ser un lugar donde va a pasar bastante tiempo.

Cuando termina de comer el lugar ya está casi vacío. Doña Tina se le acerca y le trae algo envuelto.

—Tome, señora, lleve esto para el desayuno. La Juana no le pone mucha voluntad a nada. Nosotros, acá, para servirla. Queremos que esté lo más cómoda posible y que pueda hacer su trabajo tranquila.

Laura se sorprende por tanta franqueza. Entonces sí sabe, se dice a sí misma. Cuando pide la cuenta, la mujer mueve la cabeza, "De ninguna manera", dice, "ya está todo arreglado con el comisario. Usted es acá como alguien de la familia. Venga cuando quiera. La estábamos esperando".

Laura no sabe si sentirse cuidada o amenazada. Agradece con timidez y no contesta nada, ya está demasiado cansada para dar o pedir explicaciones. Se abriga y sale a la noche inclemente. Al final de la cuadra unas pocas luminarias le marcan el rumbo de la calle solitaria. La tormenta está encendida. El viento ruge a través de los árboles, que muestran sus contornos contra el cielo oscuro. Cuando llega a la esquina decide girar hacia la derecha, donde a apenas unos metros están el muelle, la playa y, un poco más lejos, un chiringuito. Va casi a ciegas, pero, extrañamente, hay una claridad grisácea y opaca. Se queda de pie frente al viento que se encajona desde el otro lado del lago por los valles transversales de la cordillera. Cierra los ojos y soporta en el rostro la lluvia helada que la azota, la fuerza del aire revuelto que golpea las olas contra el muelle. En medio de esta naturaleza tan hostil vuelve a sentir, por primera vez en muchos años, que algo se empieza a mover. El agua corre helada por su espalda frágil.

Da la vuelta y camina empapada hacia el hotel. Intenta no apurar los pasos en la oscuridad, pero al llegar al bosque que rodea el edificio solitario siente un ruido extraño a sus espaldas. Se larga a correr chapoteando en los charcos fríos. La puerta principal está abierta. Entra, la cierra de un portazo, sube las escaleras de dos en dos y se encierra en su habitación.